

que vuelve á caer sobre las almas, y refresca y mitiga los ardores del fuego que las consume.

Pero María no se contenta con un recuerdo estéril para aquellos de sus siervos que se hallan en el purgatorio, sinó que los liberta por su intercesión poderosa, gozando, según Gerson, de este privilegio desde el día de su gloriosa Asunción, en el cual aquel lugar de dolores quedó enteramente vacío: porque María, dice el Novarino con otros buenos autores, había pedido á su Hijo no entrar sola en el Cielo, sinó acompañada de todas las almas que sufrirían entonces la última prueba. San Bernardino de Sena reconoce también en María el privilegio de arrancar con sus súplicas de las llamas del purgatorio las almas que en él padecen, sobre todo las de sus siervos. El Novarino es también de esta opinión; es decir, de que, por los méritos y la intercesión de María, no sólo tienen alivio las penas de estas almas, sinó que hasta su duración se abrevia.

San Pedro Damiano refiere que, habiéndose aparecido una señora, llamada Marozia, después de su muerte, á una de sus amigas, la dijo que había salido del purgatorio el día de la Asunción de la Virgen, y que un número de almas, por lo menos igual al de los habitantes de Roma, había recibido en el mismo día igual beneficio. San Dionisio de Chartres asegura que lo mismo sucede en los días de la Natividad y de la Resurrección del Señor. El Papa Paulo V publicó en 1612 una Bula, en que se lee el párrafo siguiente: «El pueblo cristiano puede piadosamente creer que la Santísima Virgen socorrerá con sus súplicas y sus méritos, y cubrirá con su protección, después de su muerte, y sobre todo el sábado, día que la Santa Iglesia le consagra de una manera especial, las almas de los que hayan muerto en la confianza de Santa María del Carmelo, y que hayan dejado la vida en estado de gracia, con tal de que hayan llevado el escapulario, observado los preceptos de la castidad y rezado el oficio de la Virgen, ó, en caso de imposibilidad, hayan practicado el ayuno en honra suya, absteniéndose de comer carne hasta el miércoles, excepto el día de Natividad.» También se lee en el oficio de Nuestra Señora del Carmen que ella concede un amor verdaderamente maternal á las almas de los religiosos que penan en el purgatorio, y que los conduce por medio de su intercesión á la patria celestial.

¿Y por qué no hemos de esperar nosotros la misma gracia y los mismos favores, si somos fieles en honrar á esta buena Madre? Si con sincero amor y verdadera fe somos sus devotos, ¿por qué no hemos de conseguir la gracia de entrar en el Paraíso sin pasar por las penas que en el purgatorio se sufren? La Santísima Virgen hizo por sí misma esta promesa al bienaventurado Godofredo por medio del hermano Abundio: «Vé, le dijo esta Señora, y dí á Godofredo que persevere en la virtud, para pertenecer de este modo á mi Hijo y á mí; y cuando su alma se separe de su cuerpo, yo la recibiré y le evitaré la prueba del purgatorio.» Por último, si queremos proporcionar algún alivio á las almas que están penando en aquella mansión de dolores, dirijá-

monos á María, y recemos, sobre todo, por ellas el santo Rosario, cuya eficacia es infalible.

¡Oh Reina del Cielo y de la tierra, Madre del Rey del mundo, dulcísima María; Vos, la más grande y la más excelsa de todas las criaturas! Por desgracia hay en la tierra muchos ingratos que os desconocen y que no os aman; pero en cambio, hay en el Cielo legiones de Angeles y de Santos que os bendicen sin cesar. Y aún en el mundo hay también muchas almas que arden en el fuego de vuestro divino amor. ¡Ojalá que pueda yo contarme siempre en este número; que no deje nunca ¡oh amabilísima Señora! de servirlos y alabaros, honrándolos como merecéis y propagando vuestra devoción! Vos habéis sido, Señora, el embeleso del Altísimo; vuestras virtudes lo han arrancado, por decirlo así, del seno de su Padre para hacerle Hijo vuestro. ¿Cómo, siendo yo un vil gusano, no os he de amar con todo mi corazón? Sí, Madre divina, yo quiero amaros, quiero trabajar con todas mis fuerzas para hacer que os ame todo el mundo. Acoged favorablemente el deseo que me anima, y ayudadme á cumplirlo. Yo sé que los que os sirven son agradables á los ojos de Dios; yo sé que, después de la gloria de su nombre, nada desea tanto como el veros honrada y objeto del amor de todas las criaturas. De Vos, ¡oh Soberana mía! es de quien espero toda mi felicidad, el perdón de mis culpas, la perseverancia en el bien, la asistencia á la hora de mi muerte, la salida del purgatorio, y por último, el Paraíso. Los que os aman de veras no han visto frustradas nunca sus esperanzas; yo soy también, Señora, uno de los que os aman de corazón, de los que os aman, después de Dios, más que á todas las cosas.

TERCERA CONSIDERACIÓN.

MARÍA HACE ENTRAR EN EL PARAÍSO A LOS QUE LA HAN SERVIDO.

¡Ah! ¡Con cuánta razón se creen predestinados los siervos de María! La misma Iglesia viene en apoyo de este pensamiento, cuando pone en boca de la Virgen estas palabras del Eclesiastes: «He buscado mi reposo por todas partes, y me he detenido en la heredad del Señor.» El Cardenal Hugo dice en su comentario: «Feliz aquel en quien María ha encontrado su reposo.» María ama tanto á los hombres, que procura hacer germinar su amor en los corazones de todos; pero hay muchos que no le reciben ó que no le conservan. ¡Dichoso el que sabe recibirlo y conservarlo! «Yo me detendré en la heredad del Señor»; esto es, dice Pacciuchelli, en los que constituyen la heredad del Señor: la devoción de María persevera en todos aquellos que son la heredad del Señor; es decir, que han de pertenecerle durante la eternidad. Aquel que me ha criado, continúa María en el re-

ferido pasaje, se ha dignado venir á reposar sobre mi seno, y ha querido que yo habitase en el corazón de todos los elegidos, (de quienes Jacob fué la figura, y que son la heredad de la Virgen), y además ha dispuesto que todos los predestinados pusiesen en mí su confianza y fuesen mis siervos.

¡Cuántas almas, que gozan hoy de la Bienaventuranza celestial, no la hubiesen disfrutado nunca, si María no las hubiese conducido á ella! «Yo he hecho lucir desde el alto Cielo una claridad imperecedera», dice en otro lugar el Eclesiastes, y el mismo cardenal Hugo hace su interpretación, diciendo que María ha hecho brillar en el Cielo tantas eternas luces, cuantos son allí sus servidores; y luego añade: Hay en el Cielo muchos Santos que nunca hubieran entrado en él, faltándoles la intercesión de la Virgen. San Buenaventura dice, que todos los que tienen confianza en la protección de María, verán abrirse ante ellos las puertas celestiales para darles entrada; y San Ephrem ha llamado á la devoción de la Virgen llave del Paraíso. El piadoso Luis de Blois solía decir á María: «¡Oh mi Soberana! á Vos se han confiado las llaves de los celestiales tesoros.» Nosotros también debemos dirigirla sin cesar esta súplica que San Ambrosio nos enseña: «Abrenos ¡oh María! las puertas del Paraíso, de que tú tienes las llaves.» ¿Y no es ella misma la puerta, según la expresión con que la Iglesia la invoca: *Fanua caeli*?

La Iglesia llama también á María «Estrella del mar;» porque así como el marino, dice el Doctor Angélico, dirige la vista hacia la estrella que ha de dirigirle al puerto, así María es el astro que se eleva sobre la cristiandad, para guiarnos á todos al puerto de salvación.

Por último, San Pedro Damiano la llama escala del Cielo, porque dice que ella es el conducto por donde Dios bajó á la tierra y por donde los hombres pueden subir al Paraíso. Vos, Señora, habéis sido llena de gracia, le dice San Atanasio, para ser el camino de nuestra salvación y la dulce pendiente que conduce á la patria celestial. San Bernardo la llama también el Carro que conduce al Cielo; y San Juan el Geómetra la saluda asimismo con el título de Carro brillante que lleva al Cielo á los que la sirven. En ésto se funda San Buenaventura para decirle: «Dichosos los que os conocen ¡oh Madre de Dios! porque conoceros es estar en camino de la vida inmortal; y celebrar vuestras virtudes, es asegurar la salvación.»

Esta divina Madre, con sus poderosas súplicas, adquiere para nosotros derechos incontestables al Paraíso, á no ser que nuestros pecados vengan á oponerse. Por consecuencia, el verdadero devoto de María, que cuente con su intercesión, puede estar tan seguro de entrar en la gloria, como si ya estuviese en ella. Servir á María es formar parte de su Corte, dice San Juan Damasceno, y el más grande honor que podemos ambicionar; porque servir á la Reina de los Cielos es reinar en aquella mansión, y arreglar la vida á sus mandatos es más que reinar. Por el contrario, añade, los que no sirven á María, no pueden salvarse; porque, sin el apoyo de esta gran Reina, no tendrán el

de su Hijo ni el de ninguna potencia del Cielo. Gracias sean dadas á la infinita bondad de Dios que ha querido que María fuese nuestra abogada en el último juicio, y que con su doble carácter de Madre de nuestro Juez y Madre de misericordia, interviniese eficazmente en el importante asunto de nuestra eterna salvación. Uno de los Santos Padres griegos dice que Dios ha colocado á María sobre el abismo del mundo, como un puente destinado á hacernos pasar al puerto de la gloria; por lo cual dice San Buenaventura: «Escuchad, vosotros, los que deseáis el Paraíso; servid y honrad á María, y llegaréis con seguridad á la vida eterna.»

Aun aquellos mismos que hayan merecido el infierno, no deben desesperar de obtener la gloria, si se consagran con fe al servicio de María y permanecen fieles á ella. ¡Cuántos pecadores dice San Germán, no han debido á esto su conversión y su eterna salud! Ricardo de San Lorenzo hace notar que San Juan atribuye á María una corona de estrellas: «y tenía sobre su cabeza una corona de doce estrellas;» mientras que los Cantares la representan coronada de cabezas de leopardos y de leones: «Baja del Líbano, ¡oh amada mía! baja del Líbano y ven á tomar tu corona de las cuevas de los leones, de los montes de los leopardos.» ¿Y por qué esta diferencia? Porque las fieras á que en los Cantares se alude, son los pecadores convertidos por la intercesión de María en estrellas del Paraíso; corona mística, que sienta mucho mejor en la frente de la Madre de misericordia, que todas las estrellas del firmamento.

Nadie puede aquí estar seguro de su salvación; el hombre no sabe si es digno de amor ó de odio, y solo Dios puede resolver este problema. Pero, Señor, le pregunta David: ¿quién se salvará? ¿quién habitará vuestros santos Tabernáculos? Y San Buenaventura responde á estas palabras: «Pecadores, sigamos la senda de María, arrojémonos á sus piés y no nos separemos, hasta que por Ella seamos benditos, porque su bendición es para nosotros segura prenda de la bienaventuranza.» «Querred, Señora, dice San Anselmo, querred solamente nuestra salvación; con éso es bastante para que no perezcamos.» Por otra parte, San Agustín cree que las almas protegidas por María necesariamente han de salvarse.

San Anselmo hace observar que María pudo decir con mucha razón que todas las generaciones la llamarían bienaventurada, puesto que por ella es por quien todos los elegidos llegan á la eterna Bienaventuranza. Vos sois ¡oh María! dice San Metodio, el principio, el medio y el fin de nuestra felicidad. ¿Quién lo duda? Es el *principio*, porque ella nos alcanza el perdón de nuestros pecados; es el *medio*, porque á ella debemos nuestra perseverancia; y el *fin*, porque ella nos abre las puertas del Paraíso. «Por Vos, ¡oh María! le dice San Buenaventura, por Vos, se abre el Cielo, se vacía el infierno y se llena el Paraíso de almas bienaventuradas, á quienes sus culpas hubieran precipitado en la muerte eterna.»

Pero lo que sobre todo debe alentarnos á esperar, son las prome-

sas de la misma María, son las palabras que ella ha dirigido á sus devotos, principalmente á los que trabajan con sus discursos ó con su ejemplo en propagar su culto y su bendito amor. «Los que me consagren sus obras no pecarán; los que me exalten alcanzarán la vida eterna.» ¡Dichosos, pues, exclama San Buenaventura, los que obtengan el favor de María! Los elegidos los recibirán entre ellos, y cualquiera que lleve las insignias de María tendrá en el libro de la vida escrito su nombre. ¿Qué importan, después de esto, las disputas escolásticas, para saber si la predestinación sigue ó precede á los méritos, y si nuestros nombres están ó nó escritos en el libro de la vida, pues que si servimos á María de un modo conveniente, constarán allí de seguro? Por eso ha dicho San Juan Damasceno, que Dios no concede la devoción de su Santísima Madre sinó á aquellos que quiere salvar. Las palabras mismas del Espíritu Santo, referidas por boca de San Juan, vienen en apoyo de esta doctrina. «El que hubiere vencido, es decir, el que se salve, llevará en su corazón el nombre de la ciudad de Dios.» ¿Y cuál es esta ciudad sinó la misma María? Así lo dice San Gregorio, comentando este pasaje de David: «Se han hablado de tí cosas llenas de maravillas ¡oh Ciudad de Dios!»

Puede decirse con San Pablo á Timoteo, que Dios reconoce por suyos á los que llevan esta señal; y San Bernardo ha escrito que el signo más cierto de salvación es el ser devotos de María. El bienaventurado Alaín dice, hablando del *Ave María*, que los que recurren frecuentemente á esta salutación del Angel, tienen para sí una prenda preciosa de predestinación; y también se expresa en los mismos términos al hablar de la práctica de rezar diariamente el santo Rosario. El padre Nieremberg estampa en su libro *De la devoción de María* (cap. x), que los siervos de esta buena Madre no sólo serán privilegiados en la tierra, sinó que también disfrutarán en el Cielo de una distinción especial entre los bienaventurados. Llevarán, dice, insignias particulares, y el resplandor de que serán revestidos los dará á conocer como miembros de la Corte de la Reina del Cielo, según estas palabras de los Proverbios: «Todos sus siervos están vestidos de una doble vestidura.»

Santa María Magdalena de Pazzi vió un día en el mar un buque que llevaba todos los siervos de María, y esta buena Madre, haciendo el oficio de piloto, los conducía al puerto. Esto hizo comprender á la Santa que todos los que viven bajo la protección de María atravesarán sin peligro los escollos del pecado, y llegarán con seguridad al puerto de la vida eterna. Trateemos nosotros también de entrar en ese buque, de que María es el piloto, y esperemos llegar en él al puerto celestial, según estas palabras de la Iglesia: «Vos os habéis hecho la habitación de todos los que viven en la alegría ¡oh Madre de Dios! Todos los que deben participar algún día de los inefables goces de la Bienaventuranza habitan en vos y viven bajo vuestro amparo.»

¡Oh Reina del Paraíso, Madre del divino amor! Vos, que sois la más excelsa y la más amable de todas las criaturas, vos, á quien Dios

ha amado más que á nadie, como vos le habéis amado á El, permitid que un pecador, á quien habéis arrancado del infierno sólo por vuestra misericordia, os manifieste su gratitud y os ame con toda su alma! Yo quisiera hacer comprender á todos los hombres que no os conocen cuán digna sois de ser amada, y encender en todos los corazones el fuego que por vos abrasa el mío. Si es necesario, estoy pronto á morir por defender todas vuestras prerogativas, pronto á dar mi existencia por vuestro amor, en testimonio de vuestra virginidad y pureza, de vuestra dignidad de Madre de Dios y de vuestra concepción inmaculada. ¡Oh Madre querida! acoged piadosa mi amor, y no permitáis que uno de los que os adoran sea nunca enemigo de Dios, á quien amáis tanto! ¡Ah! ¡por mucho tiempo lo he sido, porque no he dejado de ofenderle! Pero entonces, ¡oh María! yo no os amaba ni tenía un grande empeño en merecer vuestro amor. Ahora no deseo otra gracia que la de que vos me améis. Así lo espero, por muchas que sean mis pasadas culpas, porque sé que vuestra bondad es infinita, que se extiende hasta á los más miserables de los que os aman, y que no os dejáis superar nunca en el amor. ¡Oh dulcísima Reina! Yo quiero ser algún día del número de los que os aman en el Paraíso; quiero arrojarme allí á vuestros pies, para comprender mejor cuán amable sois, y para apreciar debidamente lo mucho que por mi salvación habéis hecho. Allí, yo redoblaré mi amor hacia vos, sin miedo de dejar nunca de amaros. ¡Oh María! yo quiero salvarme por vos. Rogad por mí á Jesús, rogad por mí; eso es todo lo que os pido, esa es toda mi esperanza. Yo os repetiré sin cesar: ¡Oh María, mi bien y mi esperanza, salvadme! Amén.

S. LIGORIO.